

F2324
V22
1912

LA GUERRA DE NUESTRA INDEPEND-
ENCIA FUE UNA GUERRA CIVIL

1912 LA-GUERRA-DE-NUESTRA
 PART. I

YEAR	VOL.	COPY
31-32	33	34
	35	36
	37	38
	39	40
	41	42
	43	44
	45	46
	47	48
	49	50
	51	52
	53	54
	55	56
	57	58

THE LIBRARY OF THE
 UNIVERSITY OF
 NORTH CAROLINA
 AT CHAPEL HILL



ENDOWED BY THE
 DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
 SOCIETIES

F2324
 .V22
 1912



Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

<http://archive.org/details/laguerradenuestr00vall>

LAUREANO VALLENILLA LANZ

Correspondiente de la Real Academia Española de la Historia

★ ★ ★ LA GUERRA DE
NUESTRA INDEPENDENCIA
FUE UNA GUERRA CIVIL

CONFERENCIA PRONUNCIADA EN EL INSTITUTO NACIONAL
DE BELLAS ARTES DE CARACAS, EN LA NOCHE
DEL 9 DE OCTUBRE DE 1911

Tip. Emp. "El Cojo"

Caracas 1912

*de la guerra civil
por S. J. G. R.
de "El Cojo"*





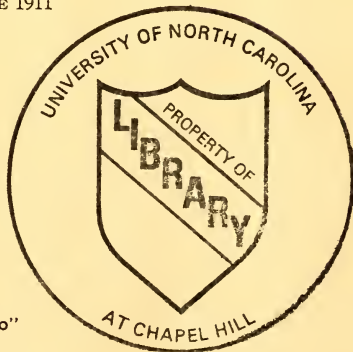
KCC
C
LAUREANO VALLENILLA LANZ

Correspondiente de la Real Academia Española de la Historia

*** LA GUERRA DE
NUESTRA INDEPENDENCIA
FUE UNA GUERRA CIVIL

F2324
.V22
1912

CONFERENCIA PRONUNCIADA EN EL INSTITUTO NACIONAL
DE BELLAS ARTES DE CARACAS, EN LA NOCHE
DEL 9 DE OCTUBRE DE 1911



Tip. Emp. "El Cojo"
Caracas - 1912

LA sola enunciación del asunto que voy á tratar en esta conferencia, ha despertado cierta curiosidad temerosa en algunos espíritus tan cultos como patriotas, que comprendiendo la necesidad que tienen los pueblos de abrigar un ideal y de profesar una religión, temen que yo venga aquí á cometer un atentado contra las glorias más puras de la patria, diciendo y comprobando que aquella guerra, á la cual debemos el bién inestimable de llamarnos ciudadanos de una nación y no colonos, puede colocarse en la misma categoría que cualquiera de nuestras frecuentes matanzas; de las cuales, sea dicho de paso, tampoco tenemos el derecho de avergonzarnos: pues las revoluciones, como fenómenos sociales, caen bajo el dominio del

determinismo sociológico en que apenas toma una parte muy pequeña la flaca voluntad humana; y porque la guerra, fácil sería comprobarlo, ha sido aquí, como en todos tiempos y en todos los países, uno de los factores más poderosos en la evolución progresiva de la humanidad.

Decir que la guerra de la Independencia fue una guerra civil, no amengua en nada la gloria de nuestros libertadores. «Toda guerra entre hombres, dijo Víctor Hugo, es una guerra entre hermanos, la única distinción que puede hacerse es la de guerra justa y guerra injusta»; y la humanidad hace mucho tiempo que considera como las más justas de todas las revoluciones aquellas que llevan por objeto la emancipación de los pueblos y el acrecentamiento de la dignidad humana.

Nuestra guerra de Independencia tuvo una doble orientación: pues á tiempo que se rompían los lazos políticos que nos unían con la madre patria, en el seno del organismo colonial comenzaba á realizarse una evolución libertaria en cuyo trabajo

hemos consumido toda una centuria, hasta llegar al estado social en que nos hallamos, reclamando los dos grandes remedios de todos nuestros males: población para dejar de ser un miserable desierto y hacer efectiva la democracia por la uniformidad de la raza, y educación para elevar el nivel moral de nuestro pueblo y dejar de presentar la paradoja de una república sin ciudadanos. Yo no sé, señoras y señores, por qué habrá de ser menos meritoria la obra de los revolucionarios del 10 y del 11 y de los guerreros que realizaron ó consolidaron la Independencia de Hispano-América porque sus contendores fuesen en la mayor parte americanos. Yo no sé por qué habrá de empañarse la gloria de Páez en la Mata de la Miel y en el Yagual porque el ejército realista estuviese mandado por el Padre Torrellas y Facundo Mirabal. Ni que los laureles de las Queseras hayan de marchitarse cuando se recuerde que el más terrible contendor de ese día glorioso fue el caraqueño Narciso López, en aquella

carga formidable, en que Rondón, llenando de asombro al mismo Páez, contesta á los aplausos de éste con una de las frases más épicas de la historia de América: «Cuando vi á Rondón—dice Páez—recoger tantos laureles en el campo de batalla, no pude menos que exclamar: Bravo, bravísimo, comandante. General, me contestó él, aludiendo á una reprensión que yo le había dado después de la carga que dieron á López (al mismo Narciso) pocos días antes—General: así se baten los hijos del Alto Llano» (1).

Y por qué va á ser un baldón de Venezuela el hecho de que los degolladores capitaneados por Boves, Yanes, Morales, Antoñanzas, fuesen venezolanos? No! señores! Tan franceses fueron los guillotina-dos como los guillotina-dores de la Revolución, y nadie discute que aquella orgía de sangre «arrojara sobre la tierra torrentes de civilización.»

Yo creo—y me baso en el estudio por-

1. Páez.—Autobiografía, pág. 182.

menorizado que he hecho de nuestra historia—que lejos de ser una deshonra para nuestros libertadores el haber combatido casi siempre contra los propios hijos del país, su heroísmo y su perseverancia, cobran por ese mismo hecho, mayores quilates. ¿Cómo podría explicarse la prolongación de aquella guerra, la más encarnizada de Hispano-América, si nuestros próceres hubieran tenido que combatir únicamente contra los quince mil soldados que España nos envió durante todo el curso de la guerra?

La independencia de casi todas las Repúblicas de Sud-América quedó sellada en una gran batalla. En Carabobo se conquistó á Caracas, pero la guerra que ya tenía diez años, continuó en el resto del país casi con la misma intensidad. No quedaban ejércitos peninsulares, apenas se señalaba uno que otro oficial expedicionario; pero poblaciones enteras continuaban proclamando al Rey de España hasta 1827, con la revolución de Agustín Bescanza, y el 29 con Arizábalo, en cuyos movimien-

tos estaban comprometidos multitud de venezolanos cuyos apellidos estamos pronunciando todos los días (1).

La actuación de las tropas peninsulares en Venezuela no tuvo la enorme influencia que se cree y puede decirse que nada favoreció más la causa de la Patria como la llegada del Ejército Expedicionario de Morillo, pues se ve claramente cómo después que pisan tierra los españoles combatientes de Napoleón, comienzan á brotar patriotas de aquel suelo que parecía agostado por el caballo de Boves.

Pero para mayor claridad vamos á decir con números cómo fue que España no hizo sino auxiliar tardía y mezquinamente á la gran mayoría de venezolanos que sostuvieron sus banderas.

En Maturín, en la derrota que le dieron á Monteverde el año 13, dice Heredia que sucumbió toda la poca tropa española que había en Venezuela. Del año 13 en adelante, hasta la llegada de Morillo,

1. O'Leary. Correspondencia del General Páez. II, págs. 102 sigtes.

apenas arriban á nuestras playas alrededor de 1.500 hombres y es de hacer notar que en ese período es cuando Bolívar realiza su prodigiosa campaña desde Cúcuta con las batallas de Niquitao, Barquisimeto, Bárbula, Las Trincheras y Araure; en que José Félix Ribas combate en La Victoria con la juventud de Caracas contra los llaneros del Guárico; en que Campo—Elías, tan español como Boves, combate contra éste mandando ambas tropas venezolanas; en que Rafael Urdaneta sostiene el sitio de Valencia contra esos mismos llaneros, que luégo invaden á Caracas, persiguen la emigración hasta el Oriente, llenan de sangre y de cadáveres las trescientas leguas que separan á Caracas de Maturín y de Urica y después de la muerte de Boves reciben en Carúpano, bajo las órdenes de Morales, en número de cuatro mil, el Ejército Expedicionario de Morillo. En todo ese largo período de crudísima guerra yo no encuentro el carácter internacional que ha querido darle la leyenda. (1)

1. El total de las tropas salidas de España con

Hay un hecho digno de tomarse en cuenta y que no he sido yo el primero en

destino á todas las colonias insurrectas desde 1811 hasta 1819 fue de 42.167 soldados de todas las armas. De 1811 á 1815 sólo vinieron á Venezuela alrededor de 1.800 hombres; 1.000 traídos en 1814 por el Coronel Salomón y el resto enviados en pequeñas partidas por las autoridades de Cuba y Puerto Rico. De los 10.000 que componían la expedición de Morillo, 1.700 siguieron al Perú y 600 á Puerto Rico. (Memoria presentada á las Cortes por el Ministro de la Guerra, Marqués de las Amarillas, el 14 de julio de 1820). Para este mismo año, según los estados recibidos en el Ministerio de la Guerra en Madrid, el Ejército realista en toda la América alcanzaba á 95.578 hombres de los cuales sólo eran expedicionarios 23.400. De modo que el número de soldados americanos montaba á 73.178. En Venezuela el número total era de 12.016, clasificados de este modo:

Expedicionarios.....	5.811
Veteranos del país.....	6.080
Milicianos	125
	<hr/>
Total.....	12.016

El número de caballos alcanzaba en Venezuela á 6.426. De estos, sólo 426 habían sido traídos de España. Debe tomarse en cuenta respecto de Venezuela, que desde 1816 la mayor parte de los venezolanos que componían los ejércitos de Boves y de Yañes, se habían pasado á la Patria y servían bajo las órdenes de Páez, Monagas, Zaraza, Cedeno, Rojas,

observar. Los hombres que mandaron las montoneras delincuentes de aquellos años, aunque isleños y peninsulares muchos de ellos, tenían largos años de residencia en el país, habían ejercido los oficios y profesiones que los ponían más en contacto con la gente del pueblo, (1) y en presencia del Ejército Expedicionario eran tan extraños como cualquiera de los llaneros del Guárico y de Apure, de Barcelona y de Barinas.

Morillo hizo con mucho acierto esta misma observación y hablando del coronel Sebastián de la Calzada, dice que: «aunque valiente, sumamente práctico en las provincias y con gran influjo entre sus habitantes á cuyo carácter y costumbres ha sabido atemperarse, ha sido más á propósito para

etc. Véanse: Blanco y Azpurúa.—Doc. Vol. VII. Págs. 190 á 192.—Restrepo. Hist. Tomo II, Pág. 430, en nota. Páez.—Autobiografía, Tomo I, Pág. 135. *Passim*.

1. El uno era un antiguo pirata, el otro un doméstico servil é ignorante: cual de ratero había pasado á Jefe militar y éste era un figonero soez.—Baralt. Hist. I. pág. 186.

manejar las grandes reuniones de gente del país, que para mandar una división de Europeos» (1). Calzada era pues, un general tan criollo como cualquiera de los que han figurado en nuestras guerras civiles; y como Calzada existían muchísimos otros que unidos al suelo venezolano y vinculados estrechamente con sus habitantes, luchaban en aquella guerra por intereses y pasiones veladas entonces con el nombre del Rey de España, como se han velado más tarde con otros nombres más abstractos, los mismos intereses y las mismas pasiones.

Hasta 1815, la inmensa mayoría del pueblo de Venezuela fue realista, es decir, enemiga de los patriotas; (2) sólo aquellos que

1. Rodríguez Villa.—Biog. de Morillo. III, pág. 481.

2. Al capitular Maracaibo en 1823, se embarcaron para Cuba «más de mil habitantes que por su desafección á la causa de la Independencia no querían sujetarse al Gobierno de la República».—Restrepo.—Hist.—III pág. 333.—Cuando el Libertador pasó por Coro á fines del año 26 le dice á Urdaneta: «el resto del pueblo es tan godo como antes. Ni aun por mi llegada se

lo han olvidado pueden haberse sorprendido del tema de esta conferencia. El historiador Restrepo, que para seguir la táctica política de declamar contra la crueldad española, se olvida á veces hasta de sus propias palabras, al relatar los sucesos de aquellos años crudísimos, se pregunta sorprendido: «Cuáles habían sido las causas para que desde las márgenes del Unare hasta el lago de Maracaibo y desde el Orinoco y el Meta hasta las costas del Atlántico, la mayor parte de los pueblos hubieran tomado las armas y se degollaran unos á otros, acaso el mayor número en favor de un rey prisionero que no conocían?» (1). A fines del año 13 dice más adelante: «ningún patriota podía habitar en los campos ni andar solo por los caminos. Era necesario vivir en las ciuda-

acercan á verme, como que los pastores son Jefes Españoles (realistas).—Yo creo que si los españoles se acercan á estas costas, levantarán cuatro ó cinco mil indios en esta sola provincia». O'Leary.—Cartas del Libertador, XXX, pág. 300.

1. Historia de la República de Colombia, II. 213.

des y lugares populosos ó marchar reunidos en cuerpos armados».

El General Urdaneta nos ha dejado también una pintura pavorosa de aquellos días: «De aquí para adelante (hacia Caracas), decía desde Trujillo, son tantos los ladrones, cuantos habitantes tiene Venezuela. Los pueblos se oponen á su bién y el soldado republicano es mirado con horror; no hay un hombre que no sea enemigo nuestro; voluntariamente se reúnen en los campos á hacernos la guerra; nuestras tropas transitan por los países más abundantes y no encuentran qué comer; los pueblos quedan desiertos al acercarse nuestras tropas y sus habitantes se van á los montes, nos alejan los ganados y toda clase de víveres, y el soldado infeliz que se separa de sus camaradas, tal vez en busca de alimentos, es sacrificado».

Y bien, señores: esos pueblos de que habla el general Urdaneta no se componían de españoles; esos eran tan venezolanos como los soldados que acompañaban al heroico defensor de Valencia, y por más que busco no encuentro la razón de que aquella guerra

no fuese una guerra entre hermanos, es decir, una guerra intestina (1).

El Libertador mismo que tanto empeño tuvo con el decreto de Trujillo y con sus frecuentes indultos en establecer una honda separación entre venezolanos y españoles, y que en los documentos públicos, guiado por el interés político habló algunas veces de guerra internacional, nos ha dejado la más evidente comprobación de lo que estamos diciendo.

Al participar á los pueblos de Venezuela, desde San Carlos, la victoria de Araure, les

1. En la Capitanía General de Venezuela, según el censo de 1810, existían únicamente 12.000 españoles nacidos en la Península y en Canarias. Revela ignorancia, quien hable de *millones de españoles residentes en Venezuela*, y de *cincuenta mil españoles hábiles para las armas*. El censo generalmente aceptado por los historiadores es el siguiente:

Indios de raza pura	120.000
Esclavos negros.....	62.000
Blancos europeos é isleños.....	12.000
Criollos blancos Hispano - Americanos	200.000
Castas mixtas de todas razas.....	406.000
Total.....	800.000

dice: «La buena causa ha triunfado de la maldad: la justicia, la libertad y la paz empiezan á colmaros con sus dones Tenemos que lamentar, entretanto, un mal harto sensible: el de que nuestros compatriotas se hayan prestado á ser el instrumento odioso de los malvados españoles. Dispuesto á tratarlos con indulgencia á pesar de sus crímenes, se obstinan no obstante en sus delitos, y los unos entregados al robo han establecido en los desiertos su residencia, y los otros huyen por los montes, prefiriendo esta suerte desesperada á volver al seno de sus hermanos, y á acogerse á la protección del Gobierno que trabaja por su bién. Mis sentimientos de humanidad no han podido contemplar sin compasión el estado deplorable á que os habéis reducido vosotros, americanos, demasiado fáciles en alistaros bajo las banderas de los asesinos de vuestros conciudadanos» (1).

Estos eran los conceptos del Grande Hombre, en pleno triunfo cuando realizaba su gloriosa

1. O'Leary—XIII—pág. 408.

campaña de 1813. Un año más tarde, cuando después de las derrotas que comenzaron en La Puerta ve sucumbir la Patria bajo los cascos de los caballos llaneros, decepcionado y violento, lanza contra aquellos mismos pueblos, enemigos de la Independencia, esta tremenda acusación:

«Si el destino inconstante hizo alternar la victoria entre los enemigos y nosotros, fue sólo en favor de pueblos americanos que una inconcebible demencia hizo tomar las armas para destruir á sus libertadores y restituir el cetro á sus tiranos. Así parece que el cielo, para nuestra humillación y nuestra gloria, ha permitido que nuestros vencedores sean nuestros hermanos y que nuestros hermanos únicamente triunfen de nosotros..... (1) No os lamentéis, pues, sino de vuestros compatriotas, que instigados por los furores de la discordia os han sumergido en ese piélago

1. Estos hermanos, estos compatriotas de que hablaba el Libertador, eran los defensores del rey de España comandados por Boves, Yañes, Morales, etc: eran venezolanos, á quienes los patriotas de nuevo cuño quieren convertir en españoles peninsulares para satisfacer necias ilusiones.

de calamidades, cuyo aspecto solo hace estremecer á la naturaleza, y que sería tan horroroso como imposible pintaros.

«Vuestros hermanos y no los españoles han desgarrado vuestro seno, derramado vuestra sangre, incendiado vuestros hogares y os han condenado á la expatriación. Vuestros clamores deben dirigirse contra esos ciegos esclavos que pretenden legaros á las cadenas que ellos mismos arrastran. Un corto número de sucesos por parte de nuestros contrarios ha desplomado el edificio de nuestra gloria, estando la masa de los pueblos descarriada por el fanatismo religioso y seducida por el incentivo de la anarquía» (1).

Con un velo pudoroso ha pretendido ocultarse siempre á los ojos de la posteridad este mecanismo íntimo de nuestra revolución, sin darnos cuenta de la enorme trascendencia que tuvo esta anarquía de los elementos propios del país, tanto en nuestro desarrollo histórico como en la suerte de casi toda la América

1. O'Leary, XIII, pág. 467 y sgtes.

del Sur. Venezuela fue una escuela de guerra para todo el continente.

Si el levantamiento contra España hubiera sido unánime; si todos los núcleos pobladores de Venezuela hubieran levantado el estandarte revolucionario, conservándose desde luego—como sucedió en Norte América aun en medio de la guerra—la organización social de la Colonia, muy otra habría sido la historia nacional; y el ejemplo de Chile es bastante á comprobar nuestro aserto (1). España, entonces, no hubiera podido sostener la gue-

1. «Si la Gran Bretaña hubiera podido contar á lo menos con 40 ó 50.000 hombres adictos á su causa en los diferentes puntos de nuestro país y que estos hubieran poseído la mayor parte del capital activo y ejercido los principales empleos públicos, habría sido infructuosa nuestra resistencia». Brackenridge.—Hist. de la Independencia de los Estados Unidos.—Comparando Laboulaye la revolución Norte-americana con la francesa, dice: «Agréguese que esta revolución no se parecía á la nuestra, pues todas las clases de ciudadanos estaban acordes: el enemigo era un amo extranjero, que quería imponerse á la América: no existían enemigos interiores.—La resistencia estaba por donde quiera, la anarquía en parte alguna».—Estudios sobre la Constitución de los Estados Unidos.—Pág. 125. Chile está aún gobernado por una oligarquía que procede de la clase dominante en la Colonia.

rra por largo tiempo y sólo en dos batallas como Chacabuco y Maipó, hubiéramos asegurado la independencia de Venezuela y de la Nueva Granada. Jamás nuestros caballos llaneros hubieran pisado las altas cumbres de los Andes meridionales y nuestro Libertador tendría en la Historia las mismas proporciones que Don José de San Martín.

○ Pero otro habría sido también nuestro desenvolvimiento social y político. Porque Venezuela ganó en glorias lo que perdió en elementos de reorganización social, en tranquilidad futura y en progreso moral y material efectivos. Nosotros dimos á la Independencia de América todo lo que tuvimos de grande: la flor de nuestra sociedad sucumbió bajo la cuchilla de la barbarie, y de la clase alta y noble que produjo á Simón Bolívar, no quedaban después de Carabobo sino unos despojos vivientes que vagaban dispersos por las Antillas y otros despojos mortales que cubrían ese largo camino de glorias desde el Avila hasta el Potosí (1).

1. Desde el principio de la guerra han ido extinguiéndose poco á poco los blancos y ya en los pue-

De manera que cuando el Libertador regresó del Perú el año 27 era un hombre exótico en Caracas: le faltaba el ambiente en que había vivido, en que se había formado su alma y su cerebro. Nada más elocuente, nada más sugestivo que la célebre carta escrita desde Cuzco á su tío D. Esteban Palacios emigrado á Europa desde los comienzos de la revolución, porque esas debieron ser las propias impresiones del Libertador cuando pisó su ciudad natal después de los desastres de 1814:

«Usted se encontrará en Caracas como un duende que viene de la otra vida y observará que nada es de lo que fue.

«Usted dejó una dilatada y hermosa familia: ella ha sido segada por una hoz sanguinaria; usted dejó una patria naciente que desenvolvía los primeros gérmenes de la creación y los primeros elementos de la sociedad; y usted lo encuentra todo en escombros, todo en memorias.

blos de tierra adentro, apenas se ve alguno de ellos, siendo negros y mulatos la mayor parte de los habitantes, hasta en las mismas costas». Rodríguez Villablog. de Morillo. III, pág. 433.

«Los vivientes han desaparecido: las obras de los hombres, las cosas de Dios y hasta los campos han sentido el estrago formidable de la naturaleza (1).

«Usted se preguntará, asimismo ¿dónde están mis padres, dónde mis hermanos, dónde mis sobrinos?

«Los más felices fueron sepultados dentro del asilo de sus mansiones domésticas, (2) y los más desgraciados han cubierto los campos de Venezuela con sus huesos, después de haberlos regado con su sangre. Por el solo delito de haber amado la justicia! Los campos regados por el sudor de trescientos años han sido agostados por una fatal combinación de los meteoros y de los crímenes. ¿Dónde está Caracas? preguntará usted.

«Caracas no existe!»

Y en verdad, aquella Caracas que tuvo en su seno una de las sociedades más brillantes de Hispano-América; aquel grupo de

1. El Libertador, como cualquier sociólogo moderno, consideraba las revoluciones como fenómenos naturales.

2. Muertos por el terremoto del año 12.

mujeres encantadoras que tanto subyugaron al Conde de Segur; aquellas mansiones que parecían el asilo de la felicidad, todo había sido arrasado, todo había sido destruido, nó por los españoles sino por el torrente incontenible de la democracia. La libertad proclamada tan generosamente, tan cándidamente por los nobles patricios que iniciaron la revolución, había tomado las formas de aquella rastrera y horrorosa serpiente de que nos habla Lord Macaulay en su hermosa perífrasis.

Ya lo hemos dicha en otra parte! Cuando el alma popular se siente sacudida por una conmoción repentina y violenta, lanza á lo lejos su grito ó su sollozo, como el tañido de una campana que repercute en el espacio; pero como la liga del metal que vibra, el sentimiento popular es impuro. El vaso donde se condensan los sentimientos de las multitudes tiene en el fondo un sedimento que toda sacudida puede hacer subir á la superficie y cubrir de una espuma de vergüenza el licor brillante y generoso. Eso es lo que sucede en todos los grandes tras-

tornos de la naturaleza: en los ciclones, en los terremotos, en las revoluciones. Todos los pueblos han sufrido esa dolorosa experiencia: los hombres que permanecen en la sombra en tanto que el orden impera, se rebelan desde que el freno social desaparece con sus instintos de asesinato, de destrucción y de rapiña.

En nuestra guerra de Independencia, la faz más interesante, la más digna de estudio es aquella en que la anarquía de todas las clases sociales dió empuje al movimiento democrático y revolucionario, que ha llenado la historia de todo este siglo de vida independiente (1).

La lucha entre los patriotas y los españo-

1. «Cada día me lastima más la suerte de mi patria, decía el Libertador, y cada día parece más irremediable. En esta infausta revolución, tan infaustas son la derrota como la victoria: siempre hemos de derramar lágrimas sobre nuestra suerte. Los españoles se acabarán bien pronto; pero nosotros ¿cuándo? Semejantes á la corza herida, llevamos en nuestro seno la flecha y ella nos dará la muerte sin remedio, porque nuestra propia sangre es nuestra ponzoña». Bolívar á Peñalver. —Chancay, 10 de noviembre de 1824.—O'Leary. XXX, pág. 11.

les enviados expresamente de la Península á sostener la guerra, no llena sino unas pocas páginas de nuestra historia. Los ejércitos de Morillo no podían de ningún modo enfrentarse en un territorio y en un clima como el nuestro, á aquellas legiones aguerridas, á aquellos formidables llaneros que atravesaban á nado ríos caudalosos cuando los europeos habían menester de puentes. Estos pedían los alimentos á que estaban acostumbrados y las comodidades todas de los ejércitos regulares, cuando los venezolanos comían carne sin sal, andaban desnudos y se curaban las heridas con cocuiza (1).

La correspondencia de Morillo con el Gobierno español es un largo lamento por el abandono en que le habían dejado; pero es á la vez un himno al valor y la constancia de nuestros Libertadores.

Cuatro años después de haber llegado á Costa Firme aquella expedición que parecía iba a asegurar para siempre la dominación española en América, el ejército de Morillo

1. Páez. *Autob.*—Santander, *Apuntamientos Hist.*

estaba reducido á menos de la tercera parte.

«Varias veces he informado á V. E.—decía al Ministro de la Guerra—de la inclemencia de este clima y de estos llanos para tropas europeas, cuyo rigor se hace sentir tan duramente en la salud del soldado.....Los continuos pasos de ríos y de caños, atravesando días enteros pantanos y lodazales, con el agua á la cintura, unido al escaso y miserable alimento del soldado en los arenales ardientes del Llano, ha ocasionado muchos enfermos de gravedad, y son muchos también los heridos por las «rayas» y mordeduras de los pescados llamados «caribes» y «tembladores», y muchos los devorados por los caimanes. En medio de tantos trabajos y sufrimientos, de la desnudez y miseria de algunos cuerpos y de la pobreza general de todos, puedo asegurar á V. E. que jamás se ha visto un ejército con mayores privaciones, ni con mayor ardor por sostener los sagrados derechos de su amado soberano» (1).

1. Don Pascual Enrile enviado á España en solicitud de recursos, declara en junio de 1817 al Mi-

Morillo, que el año 16 creía que sus diez mil europeos habían asegurado la paz de América, pedía en 1819 treinta mil hombres sin asegurar el éxito en Venezuela.

Pero nada más natural, porque en la misma fecha de la comunicación que he leído pinta la situación de los patriotas con los más hermosos colores: «La Guayana—dice—ha sido surtida con profusión de armas, municiones, víveres, vestuarios y buques de guerra. Bolívar, después de haber vestido y armado su ejército, tiene, según los avisos más ciertos, depósitos considerables de cuanto pueda necesitar y le llegan socorros de todas partes». Y da un detalle interesantísimo que no debemos dejar pasar inadvertido: «Hemos visto por primera vez—dice el General Morillo—las tropas rebeldes vestidas á la inglesa completamente, y á los llaneros de

nistro de Guerra el estado desastroso en que se hallaba el ejército: «Presente todo lo dicho, se deduce que la fuerza principal del General Morillo es de la gente del país, que en el Ejército tiene más de la mitad de bajas». Rodríguez Villa. Ob. cit., III, pág. 296 y sigtes.

Apure con morriones y monturas de la caballería británica» (1).

Esto nos da lugar á reivindicar la probidad histórica de nuestro eminente artista Don Martín Tovar y Tovar cuando en su hermoso cuadro de la batalla de Carabobo, presenta al ejército patriota lujosamente uniformado. Allí aparece el Negro Primero de dormán encarnado, con polainas y sin zapatos. Lo cual constituye una verdadera reconstrucción.

El Negro Primero, como todo hombre primitivo, tenía un grande amor por los uniformes brillantes. Cuando el Libertador iba á encontrarse por primera vez con el General Páez, dice éste, que el negro «recomendaba á todos muy vivamente que no fueran á decirle al Libertador que él había servido en el ejército realista». Se mejante recomendación bastó para que á su llegada le hablaran á Bolívar del negro con entusiasmo, refiriéndole el empeño que tenía en que no supiese que él había estado al servicio del rey.

1. Ob. cit., III, pág.

Cuando Bolívar le vió por primera vez, se le acercó con mucho afecto, y después de congratularse con él por su valor, le dijo:

—Pero, qué le movió á usted á servir en las filas de nuestros enemigos?

Miró el negro á los circunstantes como si quisiera enrostrarles la indiscreción que habían cometido, y dijo después:

—Señor: la codicia.

—Cómo así?—preguntó Bolívar.

—Yo, había notado—continuó el negro—que todo el mundo iba á la guerra sin camisa y sin una peseta y volvía después vestido con un uniforme muy bonito y con dinero en el bolsillo. Entonces yo quise ir también á buscar fortuna y más que nada á conseguir tres aperos de plata: uno para el negro Mindola, otro para Juan Rafael y otro para mí.

La primera batalla que tuvimos con los patriotas fue la de Araure; ellos tenían más de mil hombres, como yo se lo decía á mi compadre José Félix; nosotros teníamos mucha más gente y yo gritaba que me diesen cualquier arma con qué pelear, por-

que yo estaba seguro que nosotros íbamos á vencer. Cuando creí que se había acabado la pelea, me apeé de mi caballo y fuí á quitarle una casaca muy bonita á un blanco que estaba tendido y muerto en el suelo. En ese momento vino el Comandante gritando: «A caballo!»—Cómo es eso—dije yo—pues no se acabó esta guerra?—Acabarse, nada de eso; venía tanta gente que parecía una zamurada.

—Qué decía usted entonces?—dijo Bolívar.

—Deseaba que fuésemos á tomar paces. No hubo más remedio que huir y yo eché á correr en mi mula, pero el maldito animal se cansó y tuve que coger el monte á pie. El día siguiente yo y José Félix fuimos á un ható á ver si nos daban qué comer; pero su dueño cuando supo que yo era de las tropas de Ñaña (Yañes) me miró con tan malos ojos que me pareció mejor huir é irme á Apure.

—Dicen—le interrumpió Bolívar—que allí mataba usted las vacas que no le pertenecían.

—Por supuesto, replicó, y si no, ¿qué comía?

En fin, vino el Mayordomo (así llamaban los llaneros á Páez) á Apure y nos enseñó lo que era la Patria y que la diablocracia no era ninguna cosa mala, y desde entonces estoy sirviendo con los patriotas» (1).

Esta anécdota es de una gran significación histórica, porque revela la mentalidad de la mayoría de los hombres que después de haber servido con Boves y Yañes, después de haber sido degolladores de patriotas, sirvieron con Páez; y comprueba el prestigio que iba conquistando la causa de la Patria en el seno de las bajas clases populares, á los esfuerzos enormes de los próceres. Ya la Patria podía ofrecer á los que abandonaban las filas realistas, lo que constituía para ellos una ilusión: un uniforme y un apero; ya podía abrirles el camino de los honores, elevando hasta esclavos, como Pedro Camejo, á las altas jerarquías militares.

De 1819 en adelante el General Morillo siente cómo España va perdiendo el prestigio. «La opinión pública ha cambiado de una

1. Páez.—Autobiografía, vol. I.

manera asombrosa—decía—aun en los pueblos más decididos por la causa del rey». Aquel ejército «compuesto por la mayor parte de los naturales» desertaba por millares. «Aquí se nos presentan por puntas» decía desde Guayana el General Soublette.

Sin embargo el Doctor Juan Germán Roscio, al dar parte al Libertador de las proposiciones de paz hechas por Morillo á mediados de 1820, le dice: «Mientras los españoles tengan criollos con qué hacernos la guerra, yo no espero otro género de proposiciones de paz que las de Morillo; mientras luchen con nosotros á nuestra propia costa, no variarán de sistema».

.....

«Al jurarse la Constitución española les hicieron creer que nosotros nos someteríamos á ella; el resultado contrario les indica que somos fuertes para la repulsa y para seguir la lucha ó que somos ya más poderosos que Morillo y sus comitentes; y la consecuencia es pasarse á nosotros.....

«Si prosigue el abandono de su partido por los criollos, la España está obligada á hacer la paz; pero si no, nó; porque la España en

esta guerra ha contado siempre por fuerza principal suya la de los criollos guerreros y contribuyentes. Bien sabía esto el oficial español, que interrogado por un extranjero sobre el término de esta contienda, le respondió: «ella terminará cuando nos falten los criollos que nos ayudan».

Y cuando tienen noticia de que los realistas se estaban pasando por millares, es aún más explícito: «A este paso llegaremos menos tarde al término á que aspiramos, porque la España nos ha hecho la guerra con hombres criollos, con dinero criollo, con provisiones criollas, con frailes y clérigos criollos, con caballos criollos y con casi todo lo criollo; y mientras pueda continuarla del mismo modo y á nuestra costa, no hay que esperar de ella paz con reconocimiento de nuestra independencia». (1)

Me haría interminable, abusaría de la paciencia de este cultísimo auditorio, si continuara haciendo todas las citas que comprueban mi tesis. Básteme agregar que yo he tenido

1. O'Leary.—Memorias VIII, pág: 495 y siguientes.

el cuidado de recoger, tanto aquí como en España, más de trescientos apellidos de familias venezolanas muy distinguidas, cuyos progenitores sostuvieron por todos los medios la causa del Rey de España, ó para hablar con más propiedad, lucharon en contra de los independientes. (1)

1. Aquellos que no conocen de nuestros anales, por propia confesión, sino lo aprendido en los bancos de la escuela y se erigen sin embargo en críticos (Geroncios de la Historia!) no se dan cuenta del empeño que ponían Bolívar y los intelectuales en dar á aquella guerra intestina el carácter de guerra internacional, con el fin de obtener el reconocimiento de la beligerancia por los Estados Unidos, Inglaterra, Rusia y Francia y obligar á España á reconocer la Independencia. «Aunque se interpongan en favor de ésta (la Independencia) los Estados Unidos, la Inglaterra, la Rusia y la Francia, España les manifestará las listas y estados de su fuerza armada en América, COMPUESTA CASI TODA DE CRIOLLOS: les enseñará el censo de las provincias que le obedecen y que han jurado la Constitución: les mostraría el registro de contribuciones, donativos, suplementos etc., desembolsados por la gente criolla.....LA MAYORÍA de los americanos obedientes al enemigo, es el obstáculo para el reconocimiento de nuestra independencia; sobre lo cual insisten mucho los escritores enemigos, y ellos mismos confiesan que sin el auxilio de ESTA MAYORÍA habríasido la más desesperada tenacidad hacernos la guerra». —Correspondencia del Doctor Juan Germán Roscio con

Y yo creo, señores, que ocultar esa faz de nuestra revolución es no sólo amenguar la talla de nuestros Libertadores sino establecer soluciones de continuidad en nuestra evolución social, dejando sin explicación posible los hechos más trascendentales de la historia nacional.

LAUREANO VALLENILLA LANZ.

el Libertador en las *Memorias del General O'Leary*, Tomo VIII, páginas 495 y siguientes. Estas cartas están fechadas en setiembre de 1820: diez meses antes de la batalla de Carabobo y nueve años después del 19 de abril.







From - Cornell

Amoshe 10 -

Michael Reicher

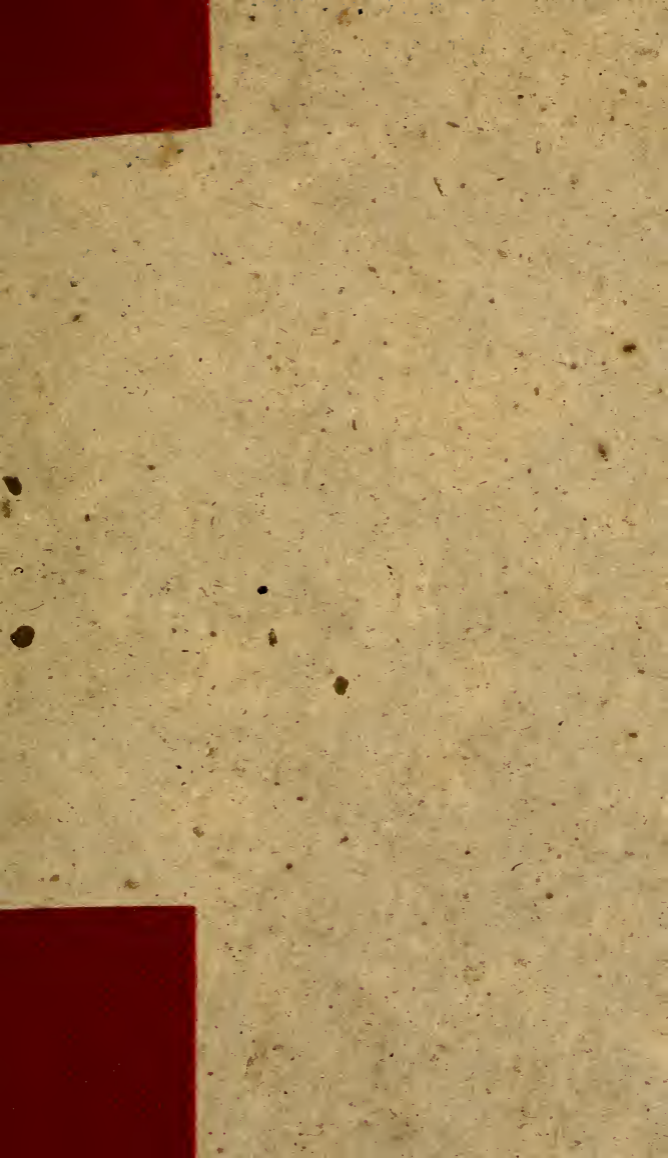
Westbury 200 Palms

A special all company

with Tarkenton & Co. S.

DeMunnings





UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL



00003090489